



QUEREMOS
TANTO
A DON MIGUEL

hipócrita *lector*

Lisura y teza de Miguel

Con motivo del cumpleaños número noventa del enorme traductor Miguel Sáenz, el dramaturgo y escritor Pollux Hernández, y el traductor Carlos Fortea, convocaron a los amigos y colegas más cercanos a Miguel para dedicarle un libro a manera de homenaje.

A todos esos hombres que ha sido Sáenz: al traductor, al abogado, al miembro de las fuerzas del aire; al camarada, al maestro. Al africano y al español. Al notable miembro de dos academias de la lengua... y al generoso pan del que hemos cortado todos aquellos que gustamos de la literatura en lengua alemana y que no podemos leer sino es gracias a la paciencia y el amor con que este hombre hace su trabajo, el cual, en sus propias palabras "es la mejor y más atenta forma de leer".

Sería inabarcable hablar sobre los quehaceres y las pasiones de Miguel.

La ruta más infalible para conocerlo y reconocerlo es leerlo, tanto en su autobiografía titulada *Territorio*, así como a través de la reescritura de las

grandes obras de Bertolt Brecht, Thomas Bernhard, Peter Handke, Günter Grass, Salman Rushdie, William Faulkner y Joseph Roth, entre otros.

El suplemento que tiene usted en las manos (o que ve en la pantalla) es apenas una prueba modesta hecha de fragmentos de algunos textos incluidos en *Lisura y teza del envés*, el citado tomo que reúne líneas cariñosas y textos eruditos sobre el arte y el oficio de la escritura y la traducción.

Es imposible incluir a todas las plumas que participaron, incluso es complicado reproducir los textos completos de cada autor. Lo que hay aquí es apenas el murmullo que surge de tantas voces inteligentes y amorosas reunidas alrededor de nuestro personaje.

Alejandra Gómez Macchia, colaboradora de *Hipócrita Lector* y del libro en cuestión, estuvo en Madrid el pasado 12 de junio en el marco de la clausura de la Feria Internacional del libro de Madrid, en donde se hizo entrega de este maravilloso regalo a don Miguel, siempre al calor de la amistad y la admiración de su familia y varios de los autores que aparecen en éste.





CARTA A UN JOVEN TRADUCTOR

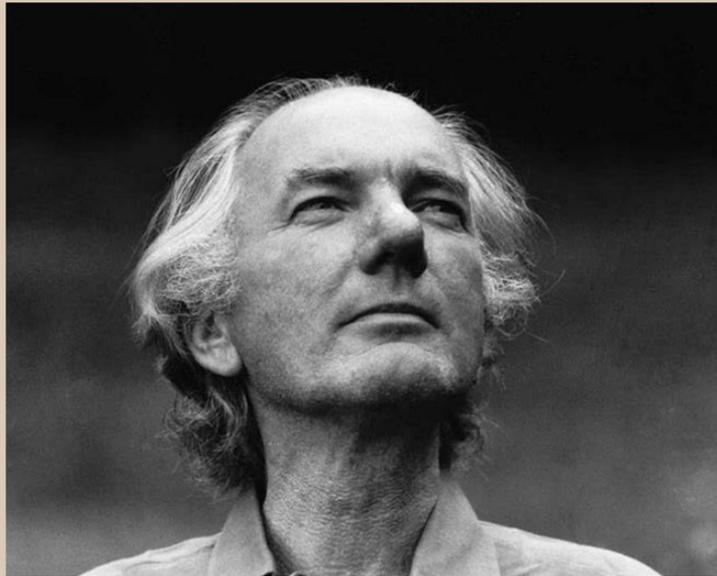
| Alejandra Gómez Macchia

La mañana del 24 de agosto del año 2017, recibí vía correo electrónico la respuesta a una carta que jamás pensé escribir. Y cuando comento «no pensé escribir», lo digo literalmente, pues no lo pensé, fue un impulso alimentado por el deseo de establecer comunicación con el hombre que me hizo adicta a Thomas Bernhard.

La carta que envié apenas dos días antes de la fecha citada debía llevar un título que le brincara al destinatario. Nací en una época en la que la carta, tal cual, es un artículo discontinuado. Busqué desde Puebla, una ciudad vecina a la imbatible Ciudad de México, a algún camarada que pudiera proporcionarme la dirección de Miguel Sáenz. No tardé mucho en hallar al contacto, lo que me dio luces para continuar con mi afán.

Meses antes de todo esto, conocí a Juan Jesús Armas Marcelo, canario maravilloso, dicharachero y *bon vivant*, con quien compartí mesa, mole y tequilas en un ciclo de conferencias a las cuales, como se dice en México y en llano, asistí «de colada», es decir, sin ser invitada. Yo, una incipiente escritora, no tenía un lugar asignado, pero mi tozudez y mi exacerbado protagonismo jugaron a favor y me sentaron junto a Juancho. Fue a él a quien le pedí el grandísimo favor de conectarme con don Miguel, pensando siempre que, de ser positivo el resultado, mandaría una carta en papel, escrita con mi lamentable caligrafía de Generación X, sin embargo, lo que conseguí fue el correo electrónico.

¿Cómo lo consiguió Armas Marcelo? No lo sé. Supongo que contactó a alguien en la Academia y de ahí ese alguien se lo pidió a otro, y sin hacer mayores indagaciones, la dirección llegó a mis manos pasando por alto que, quizás, y según la triste historia reciente de mi país, bien podría ser yo una usurpadora de datos (en el mejor de los casos) o una extorsionadora, en el peor. Me dieron el correo y escribí sin



pensar. No sabía bien cómo iniciar el texto. ¿Qué escribirle? ¿Lo leería acaso? Estoy acostumbrada a que los escritores profesionales en mi país descarten los correos y las cartas de los hinchas por default. Es natural: todos acá son *rockstars* inalcanzables, y yo, como diría Álvaro Carrillo (compositor de extraordinarios boleros), yo únicamente soy una simple comparsa.

Regreso al 24 de agosto.

La respuesta a mi larga carta traía un título que correspondía al mío, que fue: «Carta a un joven traductor». Don Miguel respondió con la misma frase, pero anteponiendo a la palabra joven un signo de interrogación. Es evidente el guiño a Rilke. Soy una *esnob*. Tenía que llamar su atención a como diera lugar. Él es una persona importante, que asiste a dos academias y que traduce a los más destacados alemanes, mientras que yo soy... una simple comparsa. Huelga decir que las palabras de Miguel me hicieron el mes, el año, la vida. Nunca había recibido con tanto júbilo un mensaje, aunque fuera electrónico. Cacareé el huevo en redes sociales. Quise que todos mis colegas pedantes supieran que una verdadera celebridad me había respondido,

y de inmediato, y con su propia mano.

¿Qué me motivó a escribirle? La gratitud. Llevaba más de tres años estudiando y leyendo obsesivamente a Thomas Bernhard, cuando de pronto, al terminar por tercera vez mi relectura de *Tala*, caí en cuenta que no estaba leyendo a Bernhard, sino a Sáenz. O a Sáenz interpretando a TB (si podemos comprar la traducción como una suerte de encantamiento musical).

La música es lo que más me importa en esta vida, así que de inmediato, al reparar que Sáenz me dio la oportunidad de adentrarme al caos bernhardiano, cerré *Tala* y pensé en un disco de George Gershwin: una maravilla de grabación rescatada por no sé cuál disquera, que daba al escucha las versiones originales de *Un americano en París* tocadas por el propio Gershwin. Me abstraí entonces en la palabra *play*, no en el sentido de tocar, más bien dentro de la literalidad: jugar.

El disco *Gershwin plays Gershwin* me ha acompañado más de la mitad de mi vida, y fue una revelación escuchar al autor original interpretándose a sí mismo... Eso nunca me pasaría con Bernhard, pensé, dado que

tengo una idea fija e inamovible: en esta vida hay dos clases de personas: las que viven locamente la vida y las que dedican su vida a aprender alemán. Yo, desgraciadamente, opté siempre por la primera opción, el paso en falso, el camino corto. Antes de escribir ese afortunado correo, saqué de mi estantería dos discos y una película de intérpretes de Gerwshin: *El Porgy and Bess* de Miles Davies, una recopilación de piezas de Gershwin por Ella Fitzgerald y el dvd de Manhattan de Woody Allen. Los escuché atentamente. Caí en una ensoñación e imaginé que, en efecto, el traductor literario claro que puede ser comparado con el intérprete musical. Así que, a partir de ese día, cada vez que abro o presto un libro de Bernhard, le digo a quien me lo pide: este es un Sáenz plays Bernhard. Una broma local que nadie entiende.

Ese correo del 24 de agosto inauguró para mí una nueva era. Un antes y un después. Sin saberlo, Miguel me infundió una confianza inédita en mí misma. La correspondencia es bella como la propia palabra sugiere: porque corresponde, porque va de ida y vuelta, porque puede que dé un rodeo, pero llega siempre. Así, los mensajes que fueron haciéndose regulares, transitaron de lo reverencial a lo amistoso. Hasta que llegó el gran día de conocer a mi héroe en el marco de la FIL de Guadalajara de ese mismo año.

Tequilas, cocina jalisciense, un mundo de libros, la mar de escritores buenos, malos, edulcorados y descafeinados... un jet lag que no acabó de irse por la premura del viaje, y la sensación de estar frente a un caballero de verdad; cosa rara, es una especie en peligro de extinción como las belugas o las ballenas blancas de Groelandia. Sin saberlo, Miguel me estaba dando la llave perdida a un reino. Nuestra conversación en el Hilton de Guadalajara no versó solo alrededor de Bernhard; me dio una cátedra sobre Tin Tan, boleros mexicanos y cantinfleo. Supongo que para un

traductor, la aproximación del lenguaje inventado por Cantinflas debe de ser más que un divertimento; es un misterio y un acto sumamente surrealista.

Esa tarde, antes de despedirnos, pude cerrar la pinza de un cuento que no sabía cómo resolver y que lo único que tenía claro era que Miguel Sáenz sería el narrador y el coprotagonista. Meses más tarde el relato estaba terminado y fue gracias a ese cuento, y a Manuel Borrás, que pude cruzar el Atlántico trepada en un libro: *Bernhard se muere*.

Hoy, cinco años más tarde y una pandemia después, recibo correo de Miguel desde Madrid. Nuestras cartas se han vuelto más familiares: él me cuenta sobre sus nietos y su amada Grita; de sus caminatas por la campiña y la zozobra del virus. Yo le hago el parte de guerra de mis descalabros amorosos, le mando fotos de mi hija, lo pongo al día con los nuevos nombres de algunos narcos mexicanos y me quejo también del mismo virus que nos puso en jaque a todos.

Hace unos meses recibí un nuevo correo desde España y no era de Miguel. Se fue a spam porque el maldito algoritmo siempre deja como prioridad a los bancos que te cobran y no a las personas que te buscan para algo noble.

Me invitaron a escribirle algo, unas líneas a nuestro amigo en común.

He estado dándole vueltas al asunto; pensando en algo digno, que esté a altura. Se me ocurren cosas grandilocuentes, pedantes, culteranas.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche: decir, por ejemplo: En Cholula hay 365 iglesias y el volcán no para de fumar. Sin embargo, este texto es para él; el más joven y lúcido de mis amigos.

Celebro estos primeros noventa años contigo, querido Miguel. Imaginando que estás sentado en tu atril, en donde en vez de interpretar partituras, traduces textos.

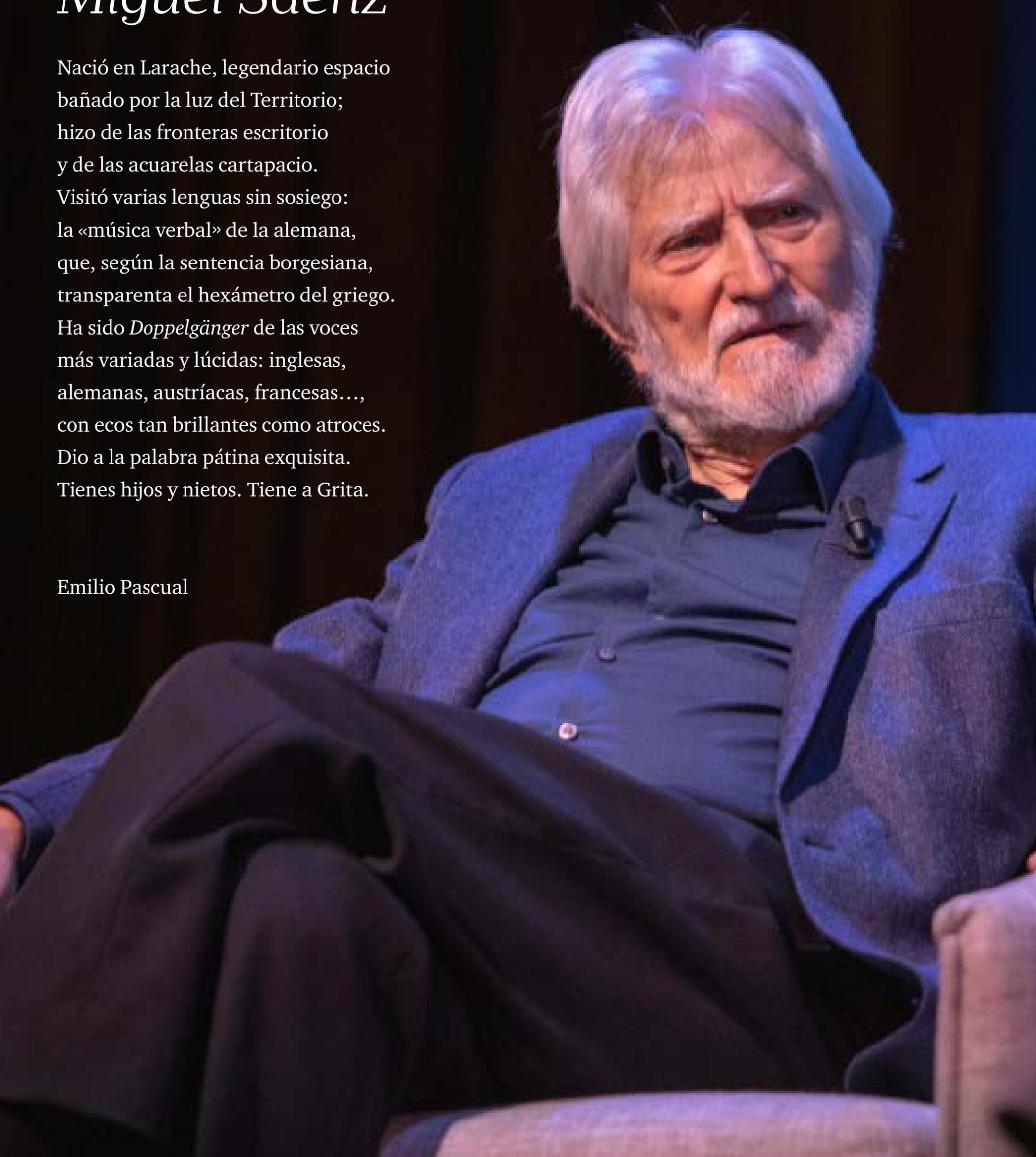


Miguel Sáenz

Nació en Larache, legendario espacio
bañado por la luz del Territorio;
hizo de las fronteras escritorio
y de las acuarelas cartapacio.

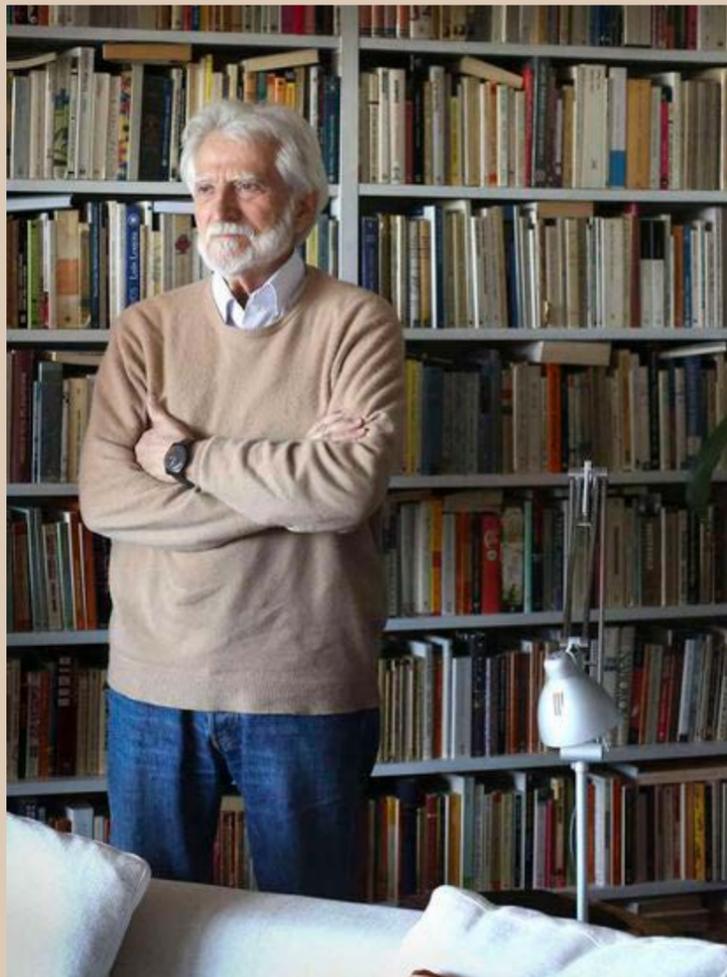
Visitó varias lenguas sin sosiego:
la «música verbal» de la alemana,
que, según la sentencia borgesiana,
transparenta el hexámetro del griego.
Ha sido *Doppelgänger* de las voces
más variadas y lúcidas: inglesas,
alemanas, austríacas, francesas...,
con ecos tan brillantes como atroces.
Dio a la palabra pátina exquisita.
Tienes hijos y nietos. Tiene a Grita.

Emilio Pascual



A TI, QUE TANTOS HOMBRES HAS SIDO

| Ramón García Fernández



Mi amigo Miguel es tantas cosas: ¡General togado, funcionario internacional, profesor universitario, asesor editorial, crítico de cine, aficionado al jazz, traductor literario, piloto, especialista en derecho del mar, melómano, académico de la lengua y de la academia alemana! Su currículum marea. Pero es que sus cualidades personales, la gracia que han insuflado a esa diversidad de oficios, cargos y funciones, han dejado un poso de sabiduría, de bonhomía y de elegancia que salta a la vista. Porque, además, Miguel ha sido un pasajero extraordinario del fin de siglo español, entrando y saliendo de entornos diversos como Pedro por su casa: el territorio de Ifni, el Ejército del Aire, el mundillo cultural madrileño de los cincuenta y sesenta, Palma y las turistas, las Naciones Unidas, la Escuela de Traducción de la Complutense, los cenáculos editoriales. Conocí a Miguel en Nueva York, adonde acudía como delegado, después de haber trabajado va-

rios años en la Secretaría de las Naciones Unidas como traductor. Ese cambio de función, dicho sea de paso, suscitaba gran admiración entre sus antiguos colegas de la traducción, gremio humilde donde los haya, al ver al antiguo compañero pasado al bando de «nuestros señoritos», los autores de aquellos documentos altamente técnicos de la Conferencia sobre el Derecho del Mar que había que traducir o enmendar a altas horas de la madrugada. Pero es que además se había reintegrado a su carrera de oficial jurídico del Ejército del Aire, lo que no era óbice ni valladar para que toda aquella alegre banda de progres y exiliados, compañeros de correrías neoyorquinas, lo considerase un tipo estupendo. Yo conocía el librito pionero que había publicado en Siglo XXI como sucinta iniciación al jazz y ahí empezó mi relación con él, pues yo estaba viviendo en Nueva York una apasionante comunión con ese mundo fascinante, apenas documentado en español.

Miguel también había contribuido asiduamente con sus críticas de cine a la revista Film

Ideal en un momento en que, en la estela de la Nouvelle Vague, la crítica cinematográfica se había convertido en un género donde muchas de las futuras luminarias literarias estaban haciendo sus primeras armas. Pero cuando ya me dejé apantallado, como dirían nuestros amigos mexicanos, fue cuando me enseñó una fotografía en la que se veía al joven Sáenz, con fino bigotito y aire juvenil, posando nada menos que con Ava Gardner, a la que había conseguido llevar — con la emoción general que cabe suponer por parte de los asistentes— a un cineclub del que fue animador durante sus años de colegio mayor. Entre las gestas suyas que he ido descubriendo al albur de los encuentros que tuvimos en Viena, Luxemburgo, Ginebra u otros lugares de paso, se encuentra la de que la Sociedad de Amigos de Thomas Bernhard le concedió el privilegio, cuando pasaba por Viena, de residir, si así lo deseaba, en su céntrico local, y es que, cuando se conoce el desprecio que este autor sentía por los traductores, no cabe sino admirar que deudos y devotos le rindieran ese homenaje a quien ha vertido al

español sus sañudas invectivas. Muchas son, como se verá, las cosas que me llevan a admirarle, pero hay algo que comparto con él y es el oficio de traductor que ha elevado a la dignidad máxima al ser nombrado académico de la RAE. Desde su puesto allí, como antes desde el de sucesor del Profesor García Yebra en la Escuela de Traducción, ha sido el paladín de nuestra esforzada y anónima, cuando no denostada, grey de traductores, contribuyendo al reconocimiento de la profesión y a la defensa de nuestros derechos, que no hace mucho eran inexistentes. «Servidumbre y grandeza de la traducción», pues así se titulaba el discurso que nuestro hombre pronunció en su recepción pública en la Real Academia, al parafrasear los atributos que De Vigny dedicó a la profesión militar, parecen términos particularmente apropiados por ser el autor alguien que, a su particularísima manera, ha empuñado ora la espada ora la pluma: dos oficios que idealmente encarnan el servicio callado y anónimo, humilde «pero orgulloso», del que cifra su honor y su competencia en ser invisible.

Pasajes del discurso de Miguel Sáenz en su ingreso a la Real Academia de la Lengua Española



En realidad, es difícil decir nada nuevo sobre la traducción. Se ha dicho de ella (sin distinguirla de la interpretación de lenguas) que es, con la prostitución, la profesión más antigua del mundo, aunque está peor pagada. E incluso ha habido quien ha afirmado que traducción y prostitución son una misma cosa, porque consisten en definitiva en hacer por dinero lo que se debiera hacer por amor.

No obstante, para acometer en serio el tema de la traducción habría que comenzar probablemente por la archicitada declaración de Jorge Luis Borges: “Ningún problema tan consustancial con las letras y su modesto misterio como el que propone una traducción” (Borges 1980: I, pág. 87). Y recordar acto seguido la prudente admonición de ese gran señor de la traducción que fue el mexicano Alfonso Reyes: “En punco a traducción es arriesgado hacer afirmaciones generales. Todo está en el balance del gusto” (Reyes 1986: pág. 156). De todas formas es más fácil hablar mal de algo que bien y por eso, para empezar lanzando una andanada por debajo de la línea de flotación, nada mejor que invocar al terrible Thomas Bernhard, que en su obra de teatro *El reformador* del mundo hace decir al protagonista:

—Los traductores desfiguran los originales.

—Lo traducido solo llega al mercado como algo desfigurado.

—Es el diletantismo y la suiedad del traductor lo que hace una traducción tan repugnante.

—Lo traducido da siempre asco.

En sus *Conversaciones con Krista Fleischmann*, Bernhard había anticipado ya su opinión: “Un libro traducido es como un cadáver mutilado por un coche hasta quedar irreconocible. Se puede buscar los pedazos pero ya no sirve de nada. La verdad es que los traductores son algo horrible. Pobre gente que no recibe nada por su traducción, los honorarios más bajos, algo que clama al cielo, como suele decirse, y ellos hacen un trabajo horrible, así que en cierto modo todo se equilibra. Cuando se hace algo que no vale nada no se debe recibir nada por ello”.

Ortega y Gasset, en su *Miseria y esplendor* de la traducción, presenta un panorama algo menos desolador.

José Ortega y Gasset publica en *La Nación* de Buenos Aires en 1937, en forma de una serie de artículos, su justamente famoso ensayo *Miseria y esplendor de la traducción* (Ortega y Gasset, 1956). No obstante, preciso es reconocer que en él habla más de la miseria que del esplendor. Dice Ortega: “La traducción no es un doble del texto original; no es, no debe querer ser la obra misma con léxico distinto. Yo diría: la traducción ni siquiera pertenece al mismo género literario que lo traducido. Convendría recalcar esto y afirmar que la traducción es un género literario aparte, distinto de los demás, con sus normas y fidelidades propias. Por la sencilla razón de que la traducción no es la obra, sino un camino hacia la obra”.

(...) En general, cuando se habla de la traducción como profesión, como oficio, se suele decir que el concepto de originalidad era mu y distinto en otros siglos y que la defensa de la “originalidad” a todo precio es una herencia del romanticismo que todavía padecemos. Pero creo que no es cierto. Como señala también García Yebra en *Traducción, historia y teoría*, “la traducción en general y en particular de los grandes autores de Italia (Dante, Petrarca, Ariosto, Sannazaro, Tasso) floreció en España durante el Siglo de Oro con fuerza y esplendor semejantes a la pujanza y brillo de la literatura original”.

(...) Mi llegada a las Naciones Unidas tuvo para mí dos efectos importantes: en primer lugar, comprendí, no teórica sino prácticamente, que el español no era la lengua de España y los españoles sino la de 22 países y cientos de millones de personas. Y luego aprendí rigor (no se podía traducir cualquier cosa por simples preocupaciones estilísticas), respeto a los precedentes (sin perjuicio de poder proponer las innovaciones que estimase necesarias) y responsabilidad (las consecuencias de las resoluciones de

la Asamblea General o, sobre todo, del Consejo de Seguridad podían ser muy graves en todos los órdenes). El nivel de mis compañeros, no solo los veteranos sino también, muchas veces, los recién llegados, hacía que la Sección fuera para mí un lugar donde aprendía a diario a escribir español. Y muy pronto adopté como máxima el viejo proverbio castellano que citó en Valencia Antonio Machado en el Congreso Internacional de Escritores de 1937: “Nadie es más que nadie”... Aunque había pasado ya por un par de universidades españolas, las Naciones Unidas fueron para mí, en todos los sentidos “mis universidades” (para utilizar la expresión de Máximo Gorki).

(...) El contacto con autores que comprenden la importancia de la traducción se sitúa en el otro platillo, el positivo, de la balanza. Personalmente, quisiera mencionar a Günter Grass, cuyas reuniones con sus traductores (su “familia ampliada”, los llama él) son ya legendarias y a quien me honro en llamar amigo, y a Salman Rushdie, uno de los pocos escritores que han reconocido que, si en las traducciones se pierde algo, con frecuencia también se gana.

(...) La grandeza de la traducción escriba precisamente en su servidumbre. Pero quisiera subrayar esa grandeza con un hermoso texto de John Donne que siempre me ha fascinado. Forma parte de las *Devociones para ocasiones que surgen* y pertenece a la Meditación XVII. Mi traducción, claramente inferior al original, dice así: Toda la humanidad es de un solo autor y es un solo volumen: cuando un hombre muere no se arranca un capítulo al libro sino que se traduce a un lenguaje mejor; y todos los capítulos serán así traducidos; Dios emplea varios traductores; algunos capítulos son traducidos por la vejez, otros por la enfermedad, otros por la guerra, otros por la justicia; pero la mano de Dios está en todas las traducciones, y esa mano volverá a encuadernar nuestras hojas dispersas, para esa biblioteca, donde cada libro quedará abierto a los demás”.



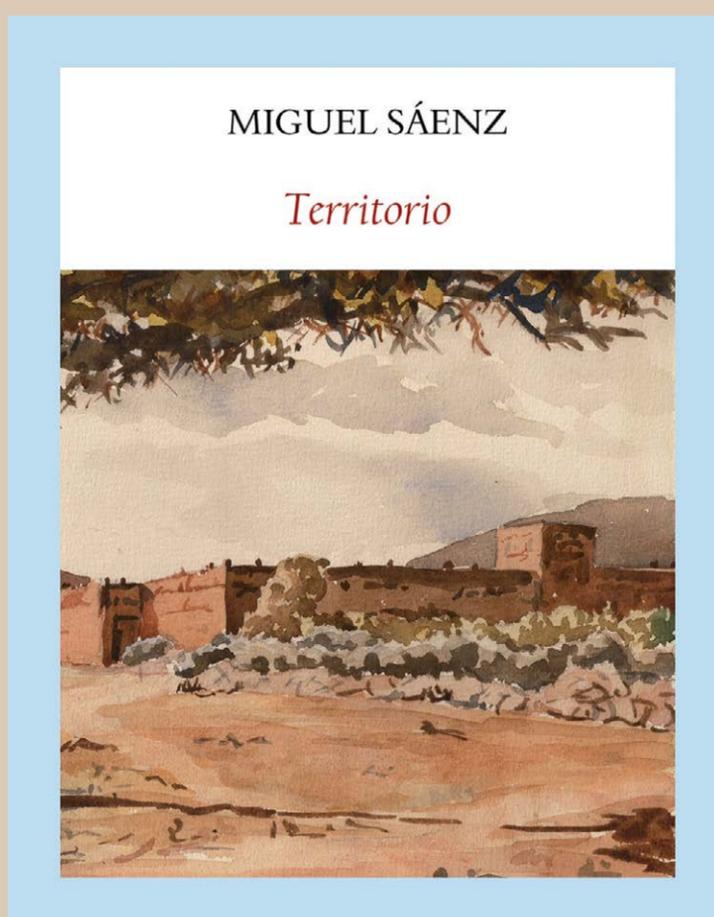
Todo es traducción

(Fragmento)

Como toda obra literaria, *Territorio* es también una traducción, pero ¿es una traducción interlingüística, por utilizar la expresión de Jakobson?, ¿en qué «idioma» se comunican los recuerdos y las imágenes almacenadas en la memoria con el centro de producción de nuestra capacidad lingüística, verbal o escrita? o, como dice Alberto Manguel: ¿Cómo es que las cosas vistas, las «sustancias» que llegan, a través de los ojos, a nuestro laboratorio interior, los colores y las formas de objetos y letras, se vuelven legibles? Esta traducción interna implica, por decirlo coloquialmente, recurriendo a un pueril símil informático, una «conversión de formatos y un cambio de soporte». Se dice que nuestras lenguas, todas en general, son pobres para plasmar adecuadamente la avalancha de estímulos visuales y sus respectivas impresiones asociadas (olfativas, auditivas, táctiles y gustativas): los sentidos más vitalistas (el tacto y el olfato) se someten, según Schachtel, a una especie de domesticación progresiva desde la infancia que, paradójicamente, tiene que ver con el desarrollo de la cultura (con la acumulación de contenidos académicos, esencialmente) y con la prioridad otorgada a los dos sentidos intelectualistas: vista y oído.

La moderna neurobiología parece confirmar que somos, esencialmente, seres visuales, como afirmaba Aristóteles, para quien la vista encabezaba la jerarquía de los sentidos, seguida del oído, el olfato, el tacto y el gusto. Cuando las imágenes mentales (instantáneas recientes o almacenadas durante años) se transforman en lengua escrita hay un cambio de código. La tecnología Brain-to-text está permitiendo la producción de discurso coherente y estructurado a partir de interfaces cerebro-computadora. La clave es lograr la inteligibilidad, y esta se basa siempre, de una u otra manera, en la traducción.

La actual filosofía de la naturaleza sigue planteándose la pregunta de si la naturaleza contiene ella misma las propiedades que la hacen inteligible, como sugería Spinoza, o si, por el contrario, es esencial para este



conocimiento la contribución de nuestro aparato cognitivo.

El proceso inverso, la traducción del texto a la imagen, es forzosamente plural porque solo puede materializarse mediante la evocación de esas imágenes en la mente de cada uno de los lectores, algo forzosamente subjetivo. Además, sabemos que las diferentes lenguas codifican la información sensorial de manera parecida, pero no exactamente igual. Tratándose de traducir impresiones, la fidelidad al original es una quimera: una hipotética reconstrucción visual a partir de las indicaciones del texto, solo podría hacerse recreando el lugar originalmente descrito, algo en rigor imposible porque ese lugar (tanto más cuanto más se aleja en el tiempo) va a ser otro, se refiere necesariamente a otra imagen. En este caso hay, como casi siempre en la traducción, una pérdida: el territorio de Miguel Sáenz nunca será nuestro territorio. Hemos de resignarnos al hecho de que traducir es «decir casi lo mismo», como ha dicho Umberto Eco. Las reflexiones sobre los problemas de traducción

en la (re)conversión de texto a imagen abren el interrogante de cómo podría abordarse una adaptación cinematográfica de *Territorio*, con un problema añadido: transformar una serie de cuadros o impresiones casi independientes en una sucesión de instantáneas en movimiento (la «realidad a veinticuatro fotogramas por segundo» de Godard). Quizás no sea fácil traducir/adaptar esta obra al cine y, en cualquier caso, tendría que hacerla un director que tuviera una sensibilidad especial para filmar/traducir la naturaleza. Pienso, quizás por la ambientación norteafricana, la adaptación que hizo Visconti de *El extranjero* de Camus. Y pienso que no es casual que un autor considerado existencialista, como Álvaro Pombo, compañero de Miguel Sáenz en la Real Academia, haya declarado sobre *Territorio*: «Me parece un libro delicioso». Y creo que en algunas imágenes de esta obra más de un lector hemos creído ver a Meursault, muy al fondo, como un personaje desdibujado en la playa caminando cabizbajo por la playa.



¿UN CARDO AL AIRE O UN DIENTE DE LEÓN? LOS MÚLTIPLES CAMINOS DE MIGUEL SÁENZ

| Pura López Colomé

Para aproximarse a una descripción (angular, esquiva, siempre incompleta) de Miguel, quizá se preste mejor la naturaleza que la metáfora. O, pensándolo bien, ambas pueden ser una sola (ya que la primera incluye siempre a la segunda). Tocará al lector distinguir si ciertos detalles característicos de seres herbáceos le cuadran a la perfección a nuestro autor. El cardo y el diente de león comparten, en su condición original, la sutil pertenencia a la familia de las asteráceas y su perennidad. El mero vocablo cardo no brota como indoeuropeo, sino que procede de un latín provincial de África del actual Túnez... [Miguel nació y pasó su infancia y adolescencia, es decir, las etapas más importantes de la vida, por esos rumbos], donde se empleaba la palabra c(h)erda para designar al cardo corredor, que gracias a la acción del viento logra arrastrar sus tallos y cabezuelas secas, y facilita la dispersión de semillas e incluso la colonización de nuevos ambientes... [la personalidad de Miguel, tan vivaz como esta hierba, así como su discreta y elegante erudición, sus capacidades como escritor, académico y traductor, han viajado por todo el mundo, han dejado su simiente en lectores, escritores y recreadores de textos, e infuido de manera tan profunda por su seriedad y amor a la labor que realiza que, al ver los resultados en múltiples actitudes y publicaciones, uno los considera casi propios, nacidos en esas otras latitudes, digamos; no en Marruecos o España, sino en México, Argentina, Colombia, Chile, etc.].

En el momento que uno siente clavarse las espinas del cardo, sabe que dejó una huella importante. Y entonces esa planta que puede sacar sangre [poniendo en evidencia nuestra fragili-

dad, nuestra incapacidad para salir bien librados en la lucha hybris-némesis, nuestra falibilidad], se transforma, ipso facto, en su hermana también perenne, otra «hierba adventicia», más suave y acariciante, el diente de león, cuyas fores atraen indefectiblemente a las abejas ofreciéndoles el banquete de néctar y polen. Hay indicios serios sobre la procedencia europea de esta última [la entraña humana de Miguel], pero no cabe duda de que hoy se ha extendido prácticamente por todos los continentes [quién no ha leído la prosa original y las traducciones de Miguel en cualquier parte, celebrando sus logros y aprendiendo de ellos, tomando los elementos de diente de león como planta depurativa, que limpia el organismo de elementos tóxicos, términos espurios, por ejemplo, que, según él insiste, no hay necesidad de agregar, pues la lengua misma cuenta con las opciones significativas correspondientes]. Los vilanos, las pelusas plumosas que rodean a la for [las traducciones en torno al original] se van volando [merced al viento de la atmósfera o al soplo del traductor, que ayuda en la diseminación, los hace llegar a los ojos y corazones, a los espíritus e intelectos de quienes sabrán asimilarlos, nutrirse con sus savias, aprender a vivir mejor, a sentir un placer artístico recién nacido, eso «ya dicho otra vez decible» que tan acertadamente definió Tomás Segovia].

Miguel ha empleado con suma destreza el arado [abriendo surcos con el trabajo de toda una vida], ha sembrado [la emoción de quien escribe y traduce por gusto], ha regado [con el estímulo de sus diestros y armoniosos resultados]. Y desde luego ha cosechado, haciéndonos abrigar la ilusión de que nosotros también podríamos lograrlo [aunque Miguel solo hay uno]. A estas alturas ha quedado claro ya que, tanto en el sentido puramente artístico de poeta que ama su

lengua por sobre todas las cosas [Miguel Sáenz dixit: «El único tesoro que no podemos perder es la unidad de la lengua, con todos sus modismos, sus variantes»], como en el de traductora que considera que las «versiones» son parte de su obra, para esta autodidacta que siempre habla por la herida, Miguel ha sido una verdadera inspiración en el camino: un faro que he tenido la suerte de haber conocido hace muchos años. Seamus Heaney, equivalente en mi trayectoria de lo que Günter Grass o Rushdie han sido en la suya, invocó el espíritu de alguien muy importante para él, Hugh MacDiarmid, empleando la analogía del cardo en referencia a las semillas del amor por la poesía y, sobre todo, por la lengua. A continuación, cito un fragmento del poema («Invocación») porque, al traducir justamente el libro a que pertenece, tenía yo presente a Miguel y sus lecciones, aplicando «el nivel» con su burbuja central, instrumento de medición de horizontalidad y verticalidad acerca del cual sostuvimos una conversación (en Rosario, Argentina) que espero él recuerde (y si no, no importa):

Revélate cual sabio de los vientos que burlan la faz de la roca [...]

Y si no te revelas, entonces resiste a una distancia consentida.

Sé el señor don Contreras que siempre fuiste.

El ojo alerta de una poesía de clima alerta, una fuerza de levantamiento, el factor factorizado, permanezca o no, constantemente, una función de su tiempo y su lugar, y a veces hasta del nuestro.

Nunca, en todo caso, más allá de nosotros, ni en el colmo de lo excéntrico.

En el acento, en el modismo, en la idea pura cual cardo al aire, un catecismo digno de repetirse siempre.

Vaya si las enseñanzas de Miguel seguirán reverberando de este modo.

Algunas palabras de los conspiradores

Hace un año, Carlos Fortea y Pollux Hernández, buscaron a los amigos y colegas de Miguel para hacerle un regalo por sus noventa años, pero más que ser un homenaje temporal es una carta de amor (sin faltas de lenguaje) –y extendida– al maestro, al camarada, a quien nos ha dado tanto y tanto a legiones de lectores que por miedo o tiricia no hemos tenido la oportunidad de aprender alemán. En la ceremonia de entrega del libro, los dos conspiradores les dedicaron estas palabras...



Lo que voy a contarles es una historia, una historia sencilla con final feliz. Una historia que empieza con unos amigos que quieren hacer a otro un regalo de cumpleaños. «Un libro», pensamos, pero ya saben lo que dice el chiste: «Es que ya tiene uno». Así que pensamos en regalar a Miguel Sáenz un libro que no tuviera nadie más que él. Sabíamos muy bien que eso no era fácil, pero teníamos a la gente necesaria para escribirlo. Necesitábamos un mecenas, y lo encontramos en Emilio Pascual, editor de Oportet, que se brindó a poner sobre papel lo que otros pondrían en sus pantallas, y en el apoyo de la Universidad de Málaga, que quiso estar al lado de su doctor honoris causa.

El resto de la historia la conocen ustedes, muchos de los presentes han contribuido a escribirla. No voy a decir nada del destinatario, salvo que todos nos sentimos en deuda de gratitud con él. En los últimos tiempos me he dedicado al estéril deporte de encontrar alguien que no lo aprecie o que tenga algo malo de decir de él, y me he visto obligado a renunciar en medio del fracaso más absoluto. Está claro que todos ven a Miguel con la lisura y tez del envés tantas veces escrito por sus manos. Muchas gracias Miguel.

CARLOS FORTEA



Nomen omen. El nombre, decían los romanos, es premonición. Miguel. Miga-el. ¿Quién como ÉL? Ciertamente no es fácil reducirte a palabras, Miguel, pero, si pretendiera definirte, diría que eres: Inteligente, Laborioso, Modesto, Educado, Generoso, Único. Todo eso, y me quedo corto, está en el caprichoso anagrama de que acabo de inventar con las iniciales de tu nombre. Decía Machado que ha habido en nuestra cultura cuatro grandes Migueles «que asumen y resumen las esencias de España»: Servet, Cerbantes, Molinos y Unamuno». Seguramente habría añadido un quinto, si te hubiera conocido, Miguel. Por tu personalidad, por tu trayectoria, por tu humanismo y humanidad, por lo que has aportado a nuestra lengua, y sobre todo por el disfrute que has deparado a quienes te conocen de cerca o te leen de lejos. Podrías haberte concentrado con igual talento a las otras importantes carreras que has ejercido: abogado, juez, profesor, piloto (aéreo o marino), novelista, crítico..., pero decidiste consagrarte a la modesta y callada artesanía de la traducción. Y de qué manera. Eres el único traductor que conozco que ha elegido a quién y qué traducir.

Con eso está dicho todo. Felicidades, Miguel, en este cumpleaños de agosto. Y también a ti, Grita, pues estás también en la G de Miguel.

POLLUX HERNÁNDEZ

